GINEVRA BOMPIANI

OÍDO

TRADUCCIÓN DE FABIO MORÁBITO

ENTRE LOS SENTIDOS, EL OÍDO ES EL QUE VIENE DE MÁS LEJOS. Más lejos que la vista, que nos presenta el objeto lejano a condición de reducirlo a su esencia o a su imagen. Entre el sonido lejano y el sonido cercano no hay más diferencia que de altura; hay una diferencia sustancial entre el sonido y su reproducción.

Si no existiera el oído, pensaríamos que el mundo está todo aquí, en nuestra reducida parcela. Es el oído el que nos pone alerta y, de sospecha en sospecha, nos vuelve crédulos, confiados, conspiradores. Más que la vista, el oído es el sentido que produce y sostiene los sentimientos de la lejanía: la espera, la plegaria, la obediencia. Los sordos están condenados a la presencia; la del mundo, no la propia. Los sordos están ausentes en un mundo presente, como los muertos. Es lo que me decía mi abuela, que se había vuelto sorda. Comparándose con su hermano, que se había vuelto ciego, me decía que los sordos son más desgraciados porque saben que el mundo existe pero no consiguen formar parte de él. Erguida, delgada, potente, mi abuela llenaba el mundo con su voz aguda, sin recibirlo jamás de regreso. Para que me oyera, yo tenía que gritar, amortiguando de este modo el mundo a nuestro alrededor, mostrándole al mundo nuestra intimidad.

No puede haber intimidad con los sordos, ni complicidad, ni quietud. No podemos aliarnos con ellos, ni conquistar su confianza. El sordo recibe el mundo resumido y repetido por la buena voluntad y la impaciencia de los demás.

Sin embargo, puesto que a los niños les gusta exhibir su intimidad, no recuerdo ningún esfuerzo ni sufrimiento vinculados con la sordera de mi abuela. Es más, era como si hablando entre nosotros, llamáramos la atención del resto del mundo. La sordera de mi abuela era alegre, pues tanto a mí como al otro miembro de nuestro trío (una mujer muy gorda que me cuidaba, cuya voz era atronadora) nos gustaba gritar. La delgada y la gorda, con la niña en el medio, iban por las calles de la ciudad gritando sin empacho. También la abuela gritaba, rechazando así, como en muchas otras cosas, el pudor de los sordos, que suelen bajar la voz hasta volverla un murmullo. Sus íntimos gritos cruzaban arriba de mi cabeza.

Tal vez a partir de ahí me convencí de que no hay nada que ocultar, o que ocultar no ayuda a conservar el secreto. Me acostumbré a confiar en la natural sordera del mundo. Para alcanzar la verdadera altura del mundo hay que gritar. Porque es entonces cuando el mundo se tapa los oídos.

Las dos se entendían muy bien: una era valdense, la otra, por vocación, militar. Tenían una visión de la vida sobria, ascética, disciplinaria, punitiva; creían en la obediencia ciega, en la verdad sin remedio, en la pobreza como condición natural de la existencia. Una me prometía la miseria en esta vida; la otra, en la futura. Una me empujaba a inventarme unas privaciones para acostumbrarme por adelantado; la otra, a aceptar cualquier ofensa sin reaccionar. Las dos convenían que el dolor había que soportarlo sin levantar la voz (la única palabra que nunca hay que gritar, la del dolor). Y ambas tenían hacia el mundo, la gente, los acontecimientos, una curiosidad sin límites.

Por más limitada que fuera su experiencia, sus voces la publicaban como los antiguos pastores, de una cima a otra. Yo escuchaba pasar ese mundo, narrado a pleno pulmón, sobre mi cabeza, como un habitante de los valles.

Porque sus voces no tenían el menor residuo de capricho ni de egoísmo. Voces sin escorias, sin murmullos, perfectamente exteriores a sí mismas, y carentes, en su acoplamiento sonoro, del menor tono de complicidad o de conspiración.

Nunca como en esas voces el mundo me ha parecido más alegre e invitante. La alegría del mundo provenía de su desnudez, de su irremediable simplicidad, proclamada sin compasión y sin dolor. Esta intimidad sin pudor, esta alegría sin ilusión, me parecen hoy la cifra de la verdadera alegría.

Y sus gritos duros, profundamente narrativos, llevan el relato por el cauce de su voz más verdadera: la que grita en la oreja de un sordo para hacerse oír a como dé lugar.

Paso mucho tiempo de mi vida en el teléfono.

Algunas de mis amistades se hicieron así, por teléfono. Si la vista es el sentido del amor, el oído es el sentido de la amistad. Así, el teléfono representa, a mi modo de ver, el medio más natural de la amistad. No del amor, en donde la comunicación se ve obstaculizada por el aislamiento de un sólo sentido y la palabra se halla obstruida por la privación del tacto y de la vista, por la abstinencia del olfato y del gusto (la vista produce el amor, pero en seguida convoca a los otros sentidos, como una abeja reina, para construir su colmena). En las cuestiones del amor el teléfono es un instrumento de tortura, tanto si suena como si enmudece. Pero en la amistad es la verdadera herramienta, la más adecuada a secundar el apetito espiritual, puesto que la amistad es de suyo abstinente, incluso inapetente, no le interesa saborear ni olisquear ni acariciar ni rememorar, mirándolas, las facciones del amigo.

La amistad, como la música, es un arte espiritual. Por lo tanto su sentido es el oído. Tendidas en la cama, dos amigas hablan largamente, durante horas, el auricular encajado entre el hombro y la oreja, como hacían en la escuela, de noche, con las luces apagadas.

Cuando entre dos amantes viene a faltar la palabra, nada falta. Pero cuando la palabra falta entre dos amigos, los deja con las manos vacías.

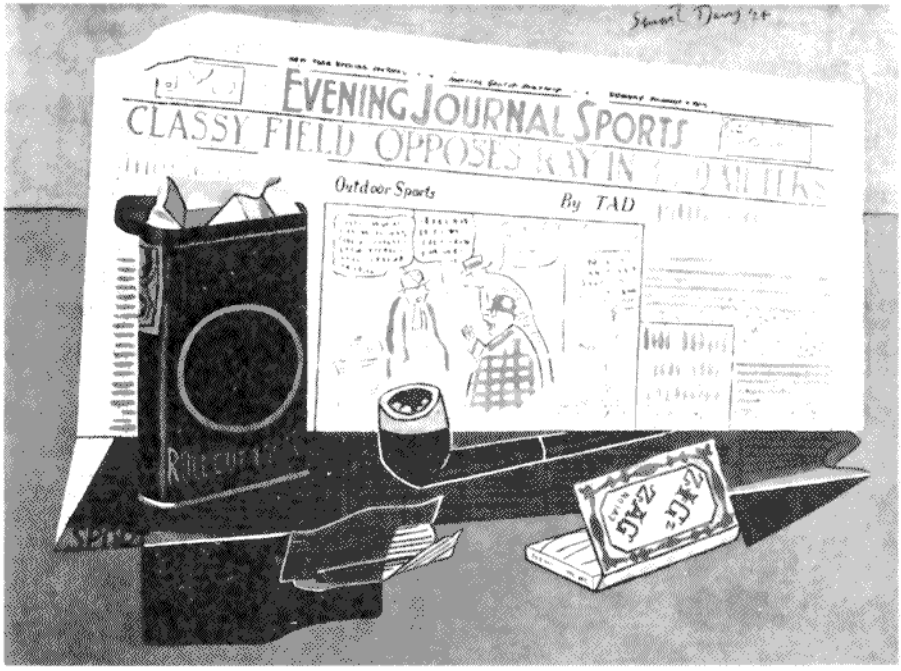
La palabra, en el amor, es defectuosa, tartamudea, se tropieza, crea abismos y montañas inaccesibles, mientras que en la amistad representa la auténtica intimidad; tendidas en la cama, las dos amigas pasan de un tema a otro mientras con las manos se cortan una uña, trazan signos en un papel, ojean los encabezados del periódico. Mientras se habla con un amigo, es lícito hacer otras cosas. Se puede y se desea, porque la voz del amigo es como la música, que nos acompaña sin interferir en lo que hacemos. La tonalidad de la amistad es una discontinua continuidad: la voz ya ríe, ya urde una narración, se abandona a una confidencia, exclama, protesta, se queda muda para oír; todo entra en la boca de la amistad, no como un alimento que se ingiere y se expulsa después de haberlo transformado, sino como el tabaco y la nuez de cola, que la boca mastica, rumia y escupe.

En la holgura telefónica, la contestadora automática ha introducido un obstáculo. Nadie es capaz de una conducta natural ante una contestadora, ni aquel que graba la fórmula consabida ni aquel que deja su mensaje. La naturalidad se torna difícil debido al desfase temporal, que interviene en una forma de la sensibilidad más que en cualquier otra dominada por el tiempo. La voz en la contestadora automática es como una cabeza cortada. ¿Pero dónde está el cuerpo de esa cabeza? Estamos acostumbrados a escuchar y a reconocer las voces en la radio, a disfrutar los conciertos en disco o en cassette. Un perfume que flota en un cuarto, parece pertenecerle. Pero una voz o una música sorprendidas en una habitación vacía tienen algo de inquietante. Es del lado de quien oye donde se encuentra el verdadero cuerpo de la voz; la palabra cobra cuerpo no en aquel que habla, sino en quien escucha.

Lo que nos turba al oír, en cualquiera de los dos extremos, el mensaje de la contestadora automática, es el hecho de que quien habló, lo hizo sin nadie que lo oyera. Porque el sentido de la lejanía nos introduce en el más allá, en la ausencia, en la distancia, pero a través de la oreja; si quitamos la oreja, la palabra se amputa, la historia se disuelve, el llamado se evapora.

Pero acaso la turbación que ocasiona la contestadora automática tiene que ver con la amistad, si es cierto que el teléfono es su instrumento. Gilles Deleuze, en un escrito reciente, define al amigo como aquel que se encuentra "en potencia de". Las torpes, cortadas frases de la contestadora automática representarían jirones de potencia de, huellas, rebabas de esa potencia. Pero del mismo modo en que la jaula o la trampa transforman la potencia del vuelo en prisión, así el medio técnico, que captura la voz antes de que alcance al amigo, graba en la cinta las huellas de su *im*potencia.

Por obra de la contestadora automática, nos volvemos como los sordos: está el mundo, está la voz, pero nosotros no estamos. Y ahora la voz repite pacientemente para nosotros, que ya volvimos a casa, un mensaje que ya no es para nosotros, que nunca lo fue, el mensaje de alguien que no encontró a nadie que lo oyera.



Stuart Davis: Lucky Strike *(1924).*